

fuego tan oculto en su esencia, y tan espantoso en sus efectos. ¿Quién conoce los principios de los elementos, la variedad infinita de sus combinaciones, y otras muchas maravillas naturales que los ojos ven, que la razón no entiende, y que se atrevería ella misma á negar si no las viera?

Si los secretos del orden físico son tan impenetrables, ¿cómo lo serán los del orden sobrenatural? ¿Quién es capaz de levantar el velo que los cubre? La razón conoce con claridad la necesidad de un Criador infinito que dé la existencia á cuanto mira; pero cuando se acerca á registrar esta Magestad soberana, se deslumbra y se siente rechazada por su gloria. Sabe que Dios es eterno, que no puede tener fin quien no tuvo principio; ¿pero cómo sabrá penetrar su eternidad? ¿cómo sondear este abismo que se traga todos los tiempos, y no presenta la menor orilla? Sabe que Dios es soberanamente inmutable, no ha menester esfuerzo para reconocerle estos dos atributos; pero si quiere conciliarlos, se pierde en sus propios pensamientos.

Si de Dios pasamos al hombre, ¿qué nuevo abismo de oscuridad! El hombre nace infeliz é injusto: no pudo salir así de las manos de Dios, que es la bondad infinita y la santidad por esencia; es pues preciso que él mismo sea la causa de sus males. ¿Pero cómo ó cuándo se hizo delincuente? Jamas la filosofía humana podrá resolver es

ta cuestion. Ve aquí otra: Dios sacó al universo de la nada, y siendo Dios es consiguiente que le gobierne con una justicia que iguale á su poder; ¿por qué pues tantos malvados gozan de la prosperidad, y tantos justos viven en la opresion? Tan poco el espíritu humano sabría por sí solo resolverla.

Y si en el orden físico y moral, ó lo que es lo mismo, en el de la naturaleza y la razón se encuentran á cada paso barreras de que es imposible salir, ¿qué mucho que en el orden sobrenatural de la revelacion se hallen verdades superiores á nuestra inteligencia? Sin duda debe haberlas; pero desde que sabemos que son dogmas revelados por Dios, y que tienen testimonios y el carácter que debe someter á los corazones derechos, y á los espíritus juiciosos, ¿cómo es posible dejar de respetarlas?

El incrédulo repite que no puede ser dogma revelado ni venir de Dios, lo que es absurdo y contradictorio. Pero yo les pregunto: Si es tan cierto, si está tan probado que estos dogmas son contradictorios, ¿como está probada la revelacion? Y despues les vuelvo á preguntar: ¿Cómo es posible demostrar ni aun percibir esta contradiccion? Porque para decir que hay contradiccion en un objeto es menester ver con claridad la incompatibilidad de los términos que la constituyen, tener ideas claras, seguras y completas de estos

términos, y poder registrar con el espíritu la totalidad del objeto.

Siendo esto así, ¿quién puede pretender tener nociones tan claras y perfectas de cada uno y de todos los misterios, que pueda jactarse de conocer su fondo y todas sus relaciones? Los que se atreven, pues, á decir que las ideas que se incluyen en nuestros misterios, son insociables y contradictorias, dicen lo que no saben, juzgan de lo que no entienden, y abusan de su razon con el pretexto de usar de ella.

Bosuet decia: Los incrédulos toman por guia á su razon; pero esta no les presenta mas que oscuridades y conjeturas. Los absurdos en que caen son mayores y mas extravagantes, que dicen ser las verdades que los asombran, y no pueden negar misterios incomprensibles sin despeñarse en innumerables errores. Despues de todo, ¿qué otra cosa es su triste incredulidad que un error sin fin, una temeridad que todo lo arriesga, un atolondramiento voluntario, un orgullo que no puede sufrir el único remedio que le podria sanar? Esto es la legítima autoridad.

El incrédulo no se cansa, y vuelve á decir que los misterios repugnan al buen sentido y á la razon, y no advierte que cuanto mas pondera esta repugnancia, da mas armas contra sí; porque se le preguntará: ¿cómo siendo tan repugnantes, tan increíbles, han sido tan creídos, y lo son todavía?

Dejemos aparte todos los argumentos; pero á lo ménos no me podrá negar que estos misterios de que se burla, y que no quiere creer, han sido predicados á los gentiles mas entendidos, y que estos los creyeron, pues que tantos millones se hicieron cristianos.

Tampoco negará que estos misterios que le parecen tan increíbles, han sido creídos, no en un rincón oscuro de la tierra, por pocos hombres ignorantes y groseros, sino en todas las partes del mundo, y por naciones ilustradas y cultas. Los apóstoles, encargados de propagar el Evangelio, le predicaron en todas partes. En el oriente y occidente, en el septentrion y mediodia publicaron la palabra del Señor. Los gentiles entraban por tropas en el rebaño de Jesus. Las ciudades, las provincias, los imperios adoptaban y creian estos misterios que parecian increíbles. Y no era el pueblo solo el que los creia, no los ignorantes y los bárbaros, sino los mayores ingenios, los hombres de mas erudicion, y los que pasaban por filósofos y sabios.

Para convencerse de esto basta abrir los libros de los padres antiguos, y sin considerar á estos doctores mas que como sabios y filósofos, seria menester no tener gusto ni discernimiento para no admirar la extension de su doctrina, la penetracion de su ingenio, la elevacion de sus pensamientos, la fuerza de sus racionios, la hermosu-

ra y energía de sus expresiones, y hasta la gracia y la delicadeza de sus frases elocuentes, ingeniosas ó patéticas.

No eran ciertamente ni espíritus supersticiosos, ni talentos frívolos, ni ingenios limitados, á quienes era fácil deslumbrarlos ó hacerles creer cualquiera cosa.

Añadid que estos misterios tan increíbles no fueron creídos, porque se apoyaban en opiniones agradables ó en principios cómodos, que favorecían al nacimiento, á la educacion, al interes; lejos de esto fueron creídos á pesar de la severidad á que obligaban: durante muchos siglos los cristianos por la mayor parte no se componian sino de los gentiles nacidos en el paganismo, y educados en la idolatría. Para persuadirles nuestra religion era necesario destruir todas sus ideas, arrancar de su corazon todas sus aficiones, y sujetarlos á máximas severas. Si era difícil hacerles creer cosas increíbles, abandonando sus antiguos dioses, sus ritos y su culto, no lo era ménos obligarlos á observancias austeras, y no obstante todos los dias se multiplicaba prodigiosamente su número. Esto debia parecer al incrédulo mas increíble, y es lo que ha sucedido. Los gentiles se convertian, los idólatras abandonaban sus errores, los falsos sacerdotes se enfurecian, disputaban, amenazaban, perseguian; pero el Evangelio se estableció sobre sus ruinas.

Y no olvidéis que se adoptan con facilidad opiniones que acomodan á la naturaleza, ó lisonjean el gusto; que se dejan correr con indiferencia máximas que no obligan á ejercicios penosos ó difíciles. Pero cuando una religion nos dice, que el hombre debe aborrecerse y reprimirse, que es menester resirtir á los deseos mas naturales, abrazar su cruz, llevarla sobre sí cada dia, y revestirse de toda la mortificacion evangélica; esto no se crée ligeramente, esto no se practica con facilidad, y nadie se deja persuadir sino cuando no puede mas, cuando se ve precisado por pruebas tan evidentes que no le es posible resistir.

Pero lo que mas os debe admirar es, que estos misterios han sido creídos con fe tan viva, tan firme y eficaz, que los hombres, para practicar estas máximas austeras y para defenderlas, lo sacrificaban todo: bienes, grandezas, placeres, salud, reposo y hasta la vida. ¡Qué combates sufrieron los cristianos desde el nacimiento de la Iglesia! ¡cuánta sangre derramaron! Se les veia continuamente desterrados, proscriptos, encerrados en calabozos, compareciendo ante los jueces, entregados á los verdugos, y atormentados con los martirios mas atroces que podia inventar la barbarie. ¡Y por qué se dejaban atormentar tanto? ¡por qué sufrían tantos dolores, muertes tan horribles! Por sostener y defender estos mismos misterios que el incrédulo llama increíbles.

En fin, han sido creídos con fe tan constante, que á pesar de todos los obstáculos se creen después de mil y ochocientos años, y, según la promesa de Jesucristo, se crearán hasta la consumación de los siglos. Todo el poder humano ha conspirado contra ellos: los halagos del mundo por un lado, y por el otro las demás pasiones combinadas con el orgullo de la filosofía los han combatido siempre. Pero como las olas del irritable mar se rompen contra el peñasco que las resiste; así todos los esfuerzos de sus enemigos no los han podido desquiciar, y su fe siempre inalterable hoy cree y enseña lo mismo que creyó y enseñó desde su nacimiento.

Ahora me vuelvo yo al incrédulo, y le digo: Tú no me puedes negar que estos misterios han sido creídos en el mundo con uniformidad, fuerza y constancia en todas las naciones; que los han creído idólatras, bárbaros, salvajes, filósofos y sabios, ricos, pobres, grandes y pequeños, en las cortes, en las ciudades y en los campos; explicame pues, ¿por qué dices que son increíbles? O explicame, ¿cómo han sido creídos con una notoriedad tan incontestable y evidente, y creídos con estas circunstancias? Es menester que me confieses que hay en esto un secreto que no entiendes. Esta es la verdad, y yo voy á descubrirte este secreto. Sabe que un agente superior á la naturaleza ha dirigido esta obra que era suya; sabe que no

cesa de dirigirla con los impulsos ocultos de su providencia: reconoce esta divina mano, póstrate y adórala: avergüenzate de tus burlas ridículas con que la ultrajas; y confiesa que cuanto más abultas las ponderaciones de su incredulidad, tanto más ensalzas su omnipotencia, pues ha podido superarlas.

Es pues verdad, señor, que Dios nos ha propuesto verdades incomprensibles y oscuras; pero no lo ha hecho sin grandes y sólidos motivos. La tierra es para los mortales un pasage rápido, un lugar de destierro; no es pues de extrañar que no gocen en ella del glorioso privilegio de ver la verdad sin velos de nubes, como la verán en el seno de la misma verdad. Ahora caminan por el desierto de este mundo como el pueblo de Israel después de su salida de Egipto caminaba á la tierra prometida. La antorcha de la revelación es la columna luminosa que dirige á los hebreos: alumbra lo suficiente para dirigir sus pasos, para descubrirles los precipicios, para librarlos del engaño y del error; pero alumbra todavía imperfectamente hasta que llegue el día dichoso, en que el Sol de justicia mostrándoles todos sus resplandores, los ilumine de lleno, y los haga eternamente felices.

Observad que esta claridad imperfecta, ó esta mezcla de luz y de obscuridad, nos era necesaria en esta vida. El primer hombre quiso deberse

á sí mismo su ciencia y su felicidad. Por esta doble presuncion mereció ser abandonado á la perversidad de su corazon y al delirio de su entendimiento. Dios no obstante quiso por su misericordia perdonarle; pero quiso convertirle por medios proporcionados, y capaces de humillar y corregir tanto su entendimiento como su corazon. Para este fin, como santidad finalterable, le impuso el tributo de sus acciones y deseos, y como verdad suprema exige una sumision pura y entera á la verdad de su palabra. Con esta doble dependencia el hombre entero vuelve á entrar en el dominio de Dios; su entendimiento desengañado de sus errores ve la verdad, y su corazon curado de sus heridas se restablece en la virtud.

Porque la fe no solo reprime el orgullo, sino tambien impide sus extravíos; arregla, extiende y purifica las luces del hombre, le preserva del choque de una multitud de opiniones falsas que le agitan, le enseña el camino que debe seguir, y le conduce al puerto, librándole hasta del miedo del naufragio. Este medio que Dios escogió para la reparacion del hombre, es admirable. No le volvió la sublime inteligencia y sabiduria que perdió por el pecado; pero hizo con él lo que hizo con el ciego de nacimiento, á quien poniendo lodo sobre los ojos, parecia poner un obstáculo á su curacion, y no obstante lo curó con el lodo.

Así ha curado al hombre, no dejándole ver mas

que la afrenta de la cruz. Este es el lodo que pone sobre nuestros ojos, la obscuridad de los misterios y la claridad de sus virtudes. Nos obliga á llevarle sin vergüenza, y nos promete que si le lavamos con su sangre, nos servirá de luz. En efecto, la recompensa de la fe es descubrir tesoros de ciencia, de fuerza y de santidad en misterios que parecen obstáculo y locura; hallar ganancias infinitas en el sacrificio de la razon, y alcanzar á comprender que el que no cree es el que está en tinieblas.

Ya hemos dicho otra vez que la fe no excluye á la razon, ni la impide hacer uso de sus luces: que esto fuera calumniar á la religion y desconocerla; pues léjos de temer la luz del dia, muestra á todos sus títulos, sus pruebas y sus documentos. Exhorta á todos los hombres á instruirse en sus anales, y á descubrir en ellos el evidente y augusto carácter de la revelacion que la autoriza. Ella dice á todos los que tienen inteligencia: Examina, inquiere, averigua si es verdad que Dios nos ha hablado; si estos oráculos que la religion presenta han salido de sus divinos labios. Este es el objeto sometido á tu exámen; pero cuando una vez reconozcas este divino origen, nuevo exámen por lo ménos es ya superfluo; la razon se le debe prohibir, porque debe conocer su insuficiencia, y tiene á Dios por garante de lo que no puede comprender.

Así el cristiano que usa de toda su razon para serlo, desde que lo es, no la consulta mas, ni la toma por juez cuando la religion habla. No entiende lo que cree, pero sabe con evidencia que lo debe creer. La sana razon fué la que le condujo á la revelacion, porque le convenció de su realidad y certidumbre, le tomó por la mano, le llevó al santuario; pero allí le entregó á la religion, y ella se retiró con admiracion y silencio. Al despedirse dijo al hombre: Escucha un maestro que sabe mas que yo, y no escuches mas que á él: si yo me voy y te dejo, es porque quedas en mejores manos. Era necesario que yo te acompañase para inquirir si Dios ha declarado estos misterios, porque yo no debo creer sino en él, ni fiarme sino en su verdad; pero pues ya estás cierto, ya no me has menester, ni te queda otra cosa sino creer y adorar.

De este modo la razon iluminada por la fe, no solo se somete á los misterios de la religion, sino que descubre en ellos manantiales inagotables de luz, y motivos sin fin de gratitud y de consuelo. Por ejemplo, ¡qué riquezas, qué maravillas no la presenta el solo misterio de la Encarnacion! Permittedme que en su consideracion os haga algunas ligeras reflexiones.

Era consiguiente que pues Dios crió al hombre á su imagen y semejanza, quisiese tambien servirle de modelo; pero Dios era invisible, y el hom-

bre despues del pecado no tenia ojos mas que para los bienes de la tierra. Era, pues, necesario que Dios se hiciese visible al hombre; porque de otro modo no parecia posible explicarle su voluntad, ni hacerle ver el dechado á que debía conformarse; porque la maldicion pronunciada contra el hombre en castigo de su desobediencia, era un obstáculo insuperable. La Magestad divina, tan infinitamente distante de los hombres por la elevacion de su naturaleza, lo estaba mas por la severidad de su justicia. Este doble motivo de grandeza y de cólera producía en el hombre dos terrores: el uno nacia del esplendor de tan alta Magestad comparado con el sentimiento de su bajeza, y el segundo de su inviolable santidad comparada con nuestra injusticia.

El hombre estaba, pues, perdido, si las cosas quedaban en este estado, ni siquiera podia imaginar el remedio; Dios solo le encontró, y Dios solo le podia encontrar. ¿De qué reconocimiento no debe penetrarnos un Dios de amor, que con su Encarnacion nos sacó de este abismo, y nos ha restituido á nuestro primer estado? Con el velo de nuestra carne cubre una Magestad que nos asombra, y desarma una cólera que nos aterra; concilia los derechos del Criador con los intereses de la criatura, rinde á Dios lo que se le debe, merece para los hombres lo que les falta, y juntando en su persona dos extremos tan distantes

como la naturaleza divina con la humana, forma, si es permitido decirlo, como un punto de contacto y comunicacion en el inmenso abismo que las separa; Dios se nos acerca, pues se hace hombre; y Dios se nos aplaca, pues se une con los hombres con la mas estrecha de las alianzas.

Pero no es esto todo: la bondad divina hizo mas que unirse con el hombre. Tanto se compadeció de su flaqueza, que quiso ser su fuerza. Antes de su Encarnacion era luz de todas las inteligencias. Pero aunque esta luz descubriese á los hombres cuanto conocian, no la conocian á ella misma; todo lo veian por ella, pero á ella no la veian. ¡Qué hizo, pues! Se les puso delante, y como sus ojos débiles no hubieran podido sostener su resplandor, se proporcionó á su flaqueza, se revistió de nuestra carne, y se encubrió con este velo. Entónces pudo excitar nuestra admiracion con sus instrucciones y milagros, nuestra gratitud con sus beneficios y promesas. Nos acostumbro á verle y amarle; y cuando dejó de ser visible, se retiró á nuestros corazones, su amorosa industria inventó el medio de hacerse allí un santuario, nos advirtió que habitaria en él, que le buscásemos allí, y que le escuchemos como el único maestro que merece nuestra confianza.

Así se ve que Dios ha seguido en la reparacion del mundo moral el mismo plan que formó para la creacion del mundo físico. Despues del peca-

do el espíritu del hombre estaba lleno de tinieblas, su corazon dominado por las pasiones; toda correspondencia con su Criador estaba rota, vivia olvidado de Dios, y no obstante vivia tranquilo. Habia perdido su gracia y los derechos á la celeste herencia, y esta pérdida no le affigia. No solo se le habian hecho importunas las abligaciones que le impuso el Autor de su ser, sino que habia casi perdido la memoria. Así los hombres por la mayor parte eran para Dios seres mudos y sordos, y el mundo espiritual era un vasto cementerio, en que reinaba el pavoroso silencio de la muerte. ¡Qué horrible situacion!

Para que cesase tan injusto desórden; para que los hombres recobraran su felicidad perdida, y se restableciera en el órden moral la armonía que hace toda su hermosura, era menester un Mediador omnipotente, un Mediador que tuviese la naturaleza de Dios para merecer infinitamente, y la nuestra para merecer por nosotros, que pudiese amar á Dios tanto como es digno de serlo, y que nos pudiera elevar, para dar con él y por él á nuestro Criador un culto y una adoracion que fuese digna de su inmensa grandeza: y todo esto lo hizo su bondad divina. ¡Qué don! ¡qué dignacion! ¡qué misterio tan augusto y sublime! ¡Con cuánta ventaja se ha restablecido la armonía que destruyó el pecado! El hombre levanta su corazon para amar y glorificar á su Criador; ¡pero qué puede hacer

por sí solo? ¿Cómo una criatura débil puede presentarle un obsequio digno de su Magestad? ¿Cómo su corazón terreno puede elevarse á tanta altura? Pero un Mediador hombre como él é igual á Dios, le presta el suyo, y con él vuela hasta el trono inaccesible de su luz.

Al incrédulo soberbio le parece que el estado de bajeza á que el Hijo de Dios se reduce en su Encarnacion, no es digno de la suprema Magestad. No quiere acabar de conocer que las ideas de su orgullo no son la regla de la conducta divina; un poco de reflexion le debiera hacer ver que eso mismo que su falsa ciencia le persuade ser bajo y poco digno de Dios en este misterio, nos era útil y necesario, y que desde que nos era necesario y útil, era digno de Dios; porque nada es mas digno á sus ojos que hacer bien á sus criaturas. Era menester para sacarnos del abismo en que nos habíamos precipitado, que Jesucristo bajase mas abajo que nosotros mismos, y que se redujese á una vida mas pobre, mas laboriosa y mas expuesta á todas las miserias que lo es de ordinario la vida de los hombres.

Era menester un objeto de tanta fuerza para despertar su atencion, para que se asombrasen de ver que la Divinidad descendia por su amor hasta este extremo; para que pasaran del asombro á la confianza, y se atrevieran á descansar en su bondad, para que conociesen que hasta allí se habian

fatigado inútilmente con el deseo de ser felices; y en fin, para que Dios, que en realidad no se puede abatir, levantase al hombre de la tierra, y le sostuviese con su propia virtud. Así los abatimientos de Jesucristo léjos de hacer titubear nuestra fe, la fortalecen, porque sabe que no los produjo la necesidad, sino la eleccion; que no fueron flaqueza, sino misericordia; no debilidad, sino condescendencia, pues que sin dejar de ser grande, nos elevaba; sin empobrecerse nos enriquecía; sin perder su propio ser nos comunicaba á nosotros el suyo, y en fin, nos mostraba su amor conservando su grandeza y su poder.

Observad tambien, señor, ¡cuán propio es este misterio para descubrirnos los atributos divinos! ¡y cómo estos resplandecen mas cuando se considera su término, que fué el sacrificio que Jesucristo ofreció en el Calvario por los hombres! Ved á Jesucristo sobre la cruz, y allí veréis su magestad y su fuerza. En ella está como dueño de la vida y de la muerte, como árbitro soberano que abre el cielo á los que le reconocen, y deja á los incrédulos en su obstinada impenitencia. La cruz le sirve de tribunal, y en ella decide los destinos eternos de los hombres. Un dia toda la tierra se verá forzada á comparecer en su presencia.

La cruz es un altar en que el Pontífice de la nueva alianza consume su propio sacrificio con caridad infinita y soberana libertad. Sus verdu-